

Rodrigo Arguello

"Guía de los libros importantes que hay que leer"

*VISIÓN DESDE EL FONDO DEL MAR (2010)*

Rafael Argullol (España)



*La sangre ha convertido la arena en arcilla.*

*Visión desde el fondo del mar.*

En *El Mendigo de Almas*, Giovanni Papini decía que “Si un hombre cualquiera, incluso vulgar, supiese narrar su propia vida, escribiría una de las más grandes novelas que se hayan escrito jamás”.

Rafael Argullol no es exactamente un hombre cualquiera en el sentido en que lo entiende Papini: es, ante todo, un escritor. Pero tampoco es un escritor cualquiera: es un polígrafo. De hecho ha cultivado con maestría todos los géneros, desde el ensayo más agudo y penetrante, pasando por la novela (*La razón del mal*, premio Nadal), por la poesía, por el aforismo (como en *El cazador de instantes*, uno de sus más bellos libros)...Tampoco, siguiendo con el comentario de Papini, *Visión desde el fondo del mar* es una novela. Por ahora digamos que es un libro sin precedentes, por cuanto Argullol ha inaugurado un género inédito. Ha creado algunos microgéneros y editado de manera novedosa géneros canónicos para crear un nuevo género.

Pero, ante todo, Rafael Argullol ha editado su vida, no en el sentido técnico de pegar o ensamblar mecánicamente, tampoco en el sentido de imprimir y publicar

un libro, sino en el de editar, componer (como lo entiende la estética cinematográfica) experiencias, sensaciones, circunstancias, reflexiones lúcidas y profundas. Pero, además, y en el mismo procedimiento, es un libro que está nutrido de múltiples géneros: la crónica, el diario, la novela breve, el poema, el aforismo, la reflexión, la literatura de viajes y el ensayo breve; incluso, hay una “*suerte de Nouvelle*”, así como un tratado erótico-teológico, un relato dividido en 85 deliciosos y brevísimos capítulos... Argullol intuye, sabe y entiende que narrar una vida, con su minucias, con sus gestos sutiles, sus pequeños y grandes acontecimientos, sus experiencias y sensaciones solo es posible si se cruzan de manera epifánica y poética, de manera reflexiva y atenta, diferentes géneros y miradas. Miradas tan amplias como agudas. De ahí que su Visión esté afinada con la técnica del zoom in, del zoom out, con la visión penetrante que da tanto el microscopio como el telescopio. Solo de esta manera obtendremos una rica perspectiva sobre nuestra vida y eso solo es posible gracias al prisma que da una multiplicidad de miras y de géneros.

(En este sentido, Argullol pareciera un heredero legítimo del Renacimiento).

Desde el título, el autor tiene claro que si se ve la vida como si se mirara desde el fondo del mar, y esto ya garantiza un tipo de profundidad, ella se muestra con infinidad de matices. De ricos matices que nos salvarán de la prepotencia de la abstracción absoluta, del corto alcance del detalle estéril, carente de un asomo mínimo de trascendencia. Pero, sobre todo, del hecho de que si bien su vida ha sido enriquecida con un sinnúmero de experiencias vitales exteriormente hablando (su enorme experiencia de viajero), su rica experiencia de poeta y cierta mistificación de su trabajo de escritor (no en vano dice que vivió como un monje mientras escribía este libro), no se anda con oposiciones torpes y radicales como formas del interior o formas del exterior, pues para él es tan patente y real el sueño y la quimera, como ilusorio lo empírico y lo positivista. Como cuando nos dice, que *pasamos buena parte de nuestra experiencia contemplando cómo cabalgan las quimeras a lomo de los centauros*. En consecuencia, es un hombre a quien irritan los grandes racionalistas, que considera “Que el instinto, el oscuro instinto es el camino hacia el espíritu”, así como le molesta la norma, por tanto, lo que

comúnmente es normal, como lo demuestra con la historia del inocente Frank *“el turbador bárbaro que acabó abrazado a las olas porque nunca quiso trazar fronteras entre el mar y él”*.

*Visión desde el fondo del mar* es ante todo una especie de enorme respuesta (narrada, poetizada y pensada vitalmente) en donde subyace la necesaria verdad que dice que somos más que un dato cuantificable. Pareciera decirnos que la ciencia no alcanza, no es posible contar una vida, pues en la vida hay otras trazas, otras pinceladas... otros rasgos, gestos, códigos, que en el caso específico de la genética no es posible vislumbrar. Argullol sabe, y nos lo hace saber, que hay otros hechos, otras trazas que solo la poética y la lucidez humana son capaces de avizorar, y por eso nos advierte que *“la vida de uno es otra cosa, no puede depender de las estadísticas, pues está hecha de pequeños detalles, de pasiones concretas”*.

Por eso, también como amante del arte pictórico, la metáfora que escoge para su formato es la del autorretrato. De este modo, intenta trazar con maestría en un gran lienzo, o más de mil lienzos (lo que podría ser cada una de sus páginas) cada tramo de su vida.

La primera pincelada dibuja la huella dejada por su saliva tras los resultados de una prueba genética. Luego la genealogía de su infancia: cómo aparecen los primeros miedos, el dolor, la violencia, pero también las ilusiones y los sueños. Aquí nos ilustra, como nadie, cómo es que se empieza a formar un carácter, y desde allí reflexiona o intuye que *“Todo autorretrato es al inicio una pintura negra. Negro sobre negro. La luz, si la hay, aparecerá luego rescatada en los colores. De ahí que en la hermandad de sombras reconocerse como tinieblas es una epifanía”*.

Es con esta técnica que va armando su vida como un puzzle, con ella muestra su capacidad y maestría para cazar instantes, coleccionarlos, pulirlos y armar en el lienzo el gran rompecabezas que es la vida misma. Es una técnica que reconoce al final, a manera de respuesta a un tribunal imaginario -posible- que bajo el purismo de los géneros canónicos, posiblemente no entienda de libertades expresivas:

“Aproximadamente -dice- consiste en lo siguiente:

*Uno deja desmembrarse, trocearse por la memoria. Esto no es particularmente difícil, pues la memoria ya nos sirve troceados, despedazados en el festín del tiempo. Basta aceptarlo sin incrustar en nuestro cuerpo desmembrado artificiosos rellenos. Tampoco hay que tratar de ordenar el caos con el que convivimos.*

*A continuación hay que convertirse en un recolector de los fragmentos que nuestra existencia va dejando atrás. Esta también es la tarea más complicada, pero también la más gratificante... nuestro desconcierto varía ante cada fragmento... A veces parece que lo que contiene no tiene ningún significado; otras, en cambio, quedamos embelesados con la idea de que en su singularidad reside nuestra historia entera...*

Dice Argullol que este recolector debe convertirse en una especie de iluso y tenaz arqueólogo que:

*aquí y allá encuentra pedazos de lo que propone ser un valioso relieve, aunque no tiene la seguridad de poder reconstruirlo.*

*El bajo relieve existe, pero no debe adulterar el proceso de reconstrucción con procedimientos fraudulentos, solo porque tiene prisa o necesita engañarse o es codicioso u oportunista. Hay que pulir y limpiar los anárquicos fragmentos. Cuanto más se avanza en este proceso, mayor será el sentido del orden en medio del caos. Antes o después el bajo relieve aparecerá ante nuestros ojos y sus figuras volverán a contarnos nuestra historia...*

*¡Qué sensación de libertad la de encarnar en el recolector, en el cirujano que recompone cuidadosamente su cuerpo destrozado! Encuentro un pedazo, lo examino con calma, lo limpio con sumo cuidado: reconozco lo que hay en ti, aunque de una manera extraña, nueva.*

Pero en esta especie de arqueología del Yo, el autor no soslaya temas históricos sociales y políticos del tiempo que le ha tocado vivir, en el siglo XX. Por ejemplo, nos dice que él nació en el último año de la década más sangrienta de la Historia. En la década en que *en Stalingrado murieron más de un millón de personas. En Polonia más de quinientas mil. En los bombardeos de Dresde más de veinticinco mil. Bajo la bomba atómica de Hiroshima, cerca de doscientos mil... En toda la Segunda Guerra Mundial murieron unos cincuenta y nueve millones de personas. A este número hay que añadir los seis millones añadidos por Hitler y los veinticuatro millones por Stalin...*

O cuando narra lo que vivió bajo la siniestra experiencia de dos torturadores franquistas. Narra cómo una vida, en este caso su vida, está configurada, prefigurada y en muchos casos transfigurada, por contingencias singulares, únicas, secretas, íntimas o privadas, y desde luego por circunstancias mayores. Lo interesante es que a ambas les da la misma importancia, imposible disociarlas.

En consecuencia, si lo singular es importante porque nos lleva a lo general, es válido afirmar que este es un libro muy singular. Es un libro franco, honesto, auténtico, pero tampoco es una confesión, pues no es en extremo subjetiva, auto-contemplativa o solipsista. Más que unas memorias, más que una auto-biografía, es una épica del Yo, de un Yo que puede ser subjetivo, ¿cuál no?, pero también toma distancia, cuando saca el telescopio para distanciarse de él mismo. Es una épica del Yo porque cree que es más importante el mito (y sus cosmogonías) con el que se configura cualquier individuo.

Es la épica del Yo porque no es un Yo mitificado, narcisista, ególatra. Es épica del Yo en el sentido de que a toda persona la envuelve un mito, una creencia, la motiva un sueño, una ilusión cincelada cada minutos, cada horas o años de tinieblas. Un Yo que depende del Azar, del azar como “el destino contemplado desde el sitio de los sueños...” Ya que *“En cualquier caso -nos dice-, la vida secreta de los sueños se halla más cerca de ese ridículo fantasma que se llama subjetividad: la cosmología es menos falsa que la psicología y siempre más generosa y serena”*.

De otra manera no se entiende que sea un libro tan FRONDOSO, quizá, también, un adjetivo muy adecuado para calificar este libro, en virtud de tantas prometedoras y sugestivas ramificaciones; con un poco más de 1200 hojas, formadas bellamente por cada frase, cada palabra, que, como signos bien puestos, prometen en su desciframiento que la vida de un hombre roza el sentido de lo épico si es narrada de forma sensible y con la mente abierta que brinda la visión de un hombre que de verdad pareciera que hubiera surgido del Renacimiento. La visión desde el fondo de un alma muy singular.

El alma de un verdadero escritor.

Por todo esto no es absurdo conjeturar que Argullol en este libro ha inaugurado la Épica del Yo.

EDICIÓN RECOMENDADA: La de Acantilado, la única en español.

LIBROS AFINES EN TEMA Y CALIDAD: Si guardamos las distancias, los estilos, los géneros y las ideas, desde *Memorias de ultratumba* o los *Diarios* de Miguel Torga no se había visto jamás algo parecido.